

La isla Tierra Tierra

Gonzalo Rodas Sarmiento

Quinta parte: Las historias de Ramiro

La casa de infancia de Ramiro

Cuando fui niño me dieron una habitación del primer piso para mí. Tenía de todo, así que no necesitaba salir. Aún está adornada y es acogedora. Pero, me aburrí pronto. Y me aventuré por otras piezas.

Hay un patio en la casa. Con otros niños jugábamos a esconderos detrás de los matorrales. Se veían muchos letreros en los prados, con un gran “NO”. Las niñas, que me habían estado prohibidas, ahora podía buscarlas. Una vez vi a una y dije “un, dos, tres por la vieja sin diente que está detrás del árbol”. Ahora me río. Yo disfrutaba con estas amigas, y tenía mucho diálogo con todas ellas. También con la culposa. Ella venía anunciada por un asqueroso chiquillo que me daba una resistencia enorme. Ese acusete que me mostraba en toda mi indignidad.

Una de estas niñas, la de rojo, andaba desastrada. Se le veían los calzones. Era la más prohibida. Tenía una cara triste. Parecía que en cualquier momento se iba a largar a llorar. Cuando llegaba a encontrarla la volvía a perder.

Muchas veces encontré a la amarga, la de tristeza seca, sin esperanza.

¡Ya, niños, A salir del escondite! Ésa era una frase típica que escuché en mi niñez.

Para ir de un lugar a otro, debía cruzar a través de una habitación. Trataba de no hacerlo, pues era un ambiente vivo. Varias personas estaban sentadas conversando en esa habitación. Hasta el día de hoy sigue siendo un sector cálido. Una pieza en que se baila tango a media luz. O boleros. Se ven mujeres morenas. Uno se asoma, no más. Esa vez que asistí a esa habitación, dije que no quería molestar, pero no lo creí ni yo mismo. Preferí dar un rodeo por un pasadizo muy estrecho y largo. Parecía más largo de lo que era. En realidad, eran dos pasillos a distinto nivel con una escala que los comunicaba. Cualquiera habría tenido miedo a pasar por ahí, pues apenas cabía una persona, topando en ambas paredes. Pero, a mí me daba más miedo la habitación, sentirme invasor de un mundo ajeno.

Me lo pasaba en una pieza casi oscura en que no quería que me vieran. Me acostumbré a irme para allá por cualquier cosa. ¡Qué lata! Estar durante este hermoso día de sol, en un sótano sin ventanas. Con una ampolleta para alumbrarme. Llegué a creer que era la única luz que existe. Se me olvidaba la luz natural, la que deslumbra los ojos.

Una tarde, Don Eulogio llegó enojadísimo. Era un anciano hosco, feo, de negro. Vibraban sus mejillas cuando gritaba.

-¡Ábranme!

Se sentía con derecho a entrar. Un extraño derecho, que lo daba por no respetado, en todo momento. Él exigía lo que quería. Pero, yo no estaba dispuesto a abrirle. Que se fuera a freír espárragos a otro lado. Si le abría iba a transformarme en su esclavo. Él se las arreglaría para hacerme hacer lo que quisiera de mí. No le abrí, él siguió golpeando. No se aburría. Era capaz de echar la puerta abajo. Ahora, imagino que le abro la puerta y lo trato amablemente.

A veces pienso que por algo es que en el salón de visitas, hay un velador, y dentro de su puertecita una bacinilla.

Un llanto quedó en mi ventana, por el lado de adentro. Ese lado que es mío. Desde donde yo miraba la vida. Ese llanto quedó colgado como un paraguas, cerrado por muchos inviernos.

En algún momento despegué una punta de la ventana, y después la otra, y la enrollé como un lienzo de pintura. Dejé esa pared sin ventana, y me fui a la pared de enfrente en la pieza de alojados, que estaba sin ventana, y desenrollé la que traía y la adherí a la pared. Ahora podía ver un entorno nuevo, que no conocía.

Es que yo necesito mucho espacio.

Todavía tengo ese libro grande, que antes estuvo muy bien cuidado. Con hojas lindas y dibujos de colores. Ahora, prefiero no mostrarlo. En mi libro está todo. Lo tengo siempre tan guardado, que a veces, lo busco y no lo encuentro. Otras veces lo veo cuando no lo estoy buscando. Me nacía toda clase de sueños cada vez que acariciaba sus tapas. Cuando lo hojeaba e intentaba leer algo, no me lo creía. Era un libro para más adelante.

Telepatía

-Ábreme -clama ella, simplemente, sin emitir sonido alguno.

-No le abro a nadie -pienso yo.

-¿Y yo no soy alguien especial?

-Pero no eres yo -le aclaro-, y bueno... esto es algo que tú jamás comprenderías.

-Nadie tiene muros tan altos como tú -insiste.

-Quizás todos deberían tenerlos.

-Tu inmenso castillo está rodeado de un foso de cocodrilos -me recrimina en silencio.

-¿Sabes? He recibido toda clase de calificativos. No me importan. Me insultan para forzarme a abrir la puerta. Otras veces me hablan con dulzura. De cualquier forma, no caeré en la trampa. Hay palabras que parecen llaves intentando abrir mis candados. No lo lograrán.

-No comprendes que tus ladrillos ya quieren desmoronarse.

-Lo he notado, y no sé por qué ocurre eso -reconozco yo.

-Estás mintiendo.

-Si te dejas entrar te vas a reír de mí, y lo que es peor, vas a incitar a todo el mundo a burlarse de mí.

-¿Por qué crees que yo haría eso?

-Porque me ha pasado.

-Nunca te ha pasado conmigo.

-No me arriesgaré -intento decir, y le pregunto en silencio-. ¿Acaso tendrías tu casa sin llave... para que todos circulen libremente? No creo. Hay gente que comete maldades y atropellos.

-No te debe ser fácil mantener la fortaleza en pie -piensa ella, con aire de triunfo.

-He necesitado estar esforzándome todo el tiempo.

-Ni siquiera yo, la mujer que amas, ha podido traspasar tus muros.

-A veces salgo, y busco dónde enterré el talento -le explico, aprovechando de cambiar un poco el tema.

-Te he visto. Sin armadura ni escudo.

-Quiero ser tu amigo, pero... ¿no eres la derrota? Trato de salir de mi castillo, a recibirte -le cuento-. Te vi con los prismáticos. Camino por el trigo y las piedras, y el pasto mojado. De noche no tengo miedo, nadie me ve. Quiero llorar contigo, abrazarte. ¿Qué más da? Si yo también soy negativo. Necesito ver tu rostro, las cicatrices. Yo también soy feo. No puedo llorar cuando salgo del castillo.

-Yo miro por las cerraduras de las puertas -confiesa ella-, para ver cómo es el habitante. Alcancé a ver una ventana a lo lejos... y unos niños jugando, al otro lado de la ventana.

-Claro, no estoy solo -reflexiono-. Hasta Robinson Crusoe estaba acompañado... Todo está lleno de espejos.

-¿Y si trato de entrar, qué podrá pasar?

-Una vez, hace mucho tiempo, saquearon mi casa -digo, sin notar que yo mismo le estoy quitando llave al candado de la puerta de atrás-, me desnudaron y me apalearon -continúo-. Dejaron al descubierto todas mis vergüenzas. Fue una violación de mis secretos. Esa vez, lo arrasaron todo y se fueron.

-Por eso, durante todos estos últimos años no le has abierto la puerta a nadie.

-Aprendí a cuidarme.

-¿Para cuándo o para quién estás cuidando tanto tu presunto tesoro... que quizás no lo es tanto?

-Ni lo recuerdo ya -debo confesar.

-La puerta de aquella vez no es la misma de ahora -ella trata de explicarme.

-Sé muy bien que al final terminaré cediendo. Mis murallas están puestas para proteger eso que sólo he de mostrar antes de morir -explico-. Y todavía no quiero morir.

El libro de mi vida

Abrí el libro de mi vida por la última página. Aquélla en que estaba escrito el índice. Algunas líneas habían sido subrayadas o destacadas con indicaciones en los márgenes. Por ejemplo, las referencias a los capítulos del principio. Fue el quinto el que más me llamó la atención y despertó mi curiosidad:

"De cómo estuve en la obra de teatro. Pág. 27".

Esbozando una sonrisa al evocar situaciones olvidadas de mi infancia, fui a esa página a tratar de descubrir algo. Mi sentido de búsqueda me imponía la necesidad de leerla. Me costó encontrarla, pues no era más que un resto de página rota. Lo que quedaba había sido quemado por el tiempo, y se resquebrajaba al tocarlo. Era tal el deterioro, que sólo pude leer algunos trozos saltados. Con mucho temor, mis ojos se movían sobre esas letras...

Así, empecé a leer el libro de mi vida:

"Sigo mirando la obra desde mi ventana, pero ya no quiero seguir detrás del vidrio. Me gustaría desempeñarme como actor, pues creo que es importante llegar a serlo algún día. Andar yo también de una calle a otra, ser protagonista de una esquina. Por el momento, me limito a decir pocas frases desde mi lugar de espectador, y hasta hago los gestos no verbales. Nadie se da cuenta, excepto cuando algunos del público me pillan y me hacen callar y estarme quieto, pues no los dejo presenciar la obra con tranquilidad. Me preguntan que si acaso me creo un actor, o si estoy loco..."

Retorné al mundo de hoy y me puse a divagar en torno a lo leído. No parece que haya sido escrito por el niño que fui, sino más bien por algún personaje sabio, escondido muy adentro, y que le gusta hablar por medio de símbolos.

Entendí que esta lectura me había enseñado algo. Que se puede almacenar vida, como si fuera un fluido energético que se intenta meter dentro de una batería. Llegué a creer que eso es lo que hice en mi niñez, como si hubiera querido ahorrar emociones y sensaciones, al no vivir lo que venía a mí en cierta situación, sino guardarlo para después. Lo que no he podido saber aún es el por qué de esa mezquindad.

Lleno de confusión, volví a la lectura:

"Quisiera aprender a expresarme sin molestar. Para mostrarme como soy, tengo que sacarme el disfraz, pero antes de eso he de aceptar que se me vea el disfraz, en calidad de tal. Es que están todos creyendo que ésa es mi ropa. O sea, me da vergüenza tener que andar disfrazado..."

Recordar esto me daba un poco de risa con pena. Recién ahora pude entender que lo primero es asumir el disfraz. Cuando niño tuve miedo a revelarlo en lo que es. Eso es algo así como un temor a sentir miedo. Al darme cuenta de eso, ya pude quitarme el miedo de más afuera.

Aún estuve dispuesto a leer un poco más:

"No es el ambiente el áspero, es ese marco de madera que debo ponerme encima de la ropa. Se me entierra por todos lados. Maldito pudor que me obliga a cubrirme. En el closet tengo varias jaulas..."

A esta altura, empecé a resistirme a seguir leyendo. Visualizaba el miedo grueso como si fuera un verdadero abrigo.

Me armé de valor y quise continuar:

"La gran pelea es si vestir a todos los actores igual o a todos distintos, con originalidad no uniforme...".

Eso no lo entendí bien porque lo que seguía era ilegible. Con dificultad, tuve que cambiarme de página:

"El director de la obra teatral me ha mandado a instalarme en una butaca, y esconderme entre los espectadores porque he sido vetado por la censura. Después que pase la tormenta, ya podrá ponerme de nuevo en el escenario. El problema es que entre tanto no se olvide de rescatarme, y quede yo siempre esperando mi turno, camuflado en el público, que nadie creería que soy actor... De repente, el malo de la película sale arrancando del escenario y se esconde debajo de un asiento, aquí a mi lado...".

En esta parte tuve que interrumpir la lectura porque faltaba media página. Seguí leyendo en la siguiente:

"Voy en una especie de desfile. Visto una extraña chaqueta como de charreteras. Le ordeno a la parte inferior de mi cuerpo ser fiel a ese desfile. Pero, yo con mi parte superior del cuerpo pensamos en otras cosas más importantes...".

Esta lectura me estaba proporcionando una realidad antigua, que me parecía redundante. Elegí los aspectos novedosos, que parecían olvidados, pero estaban todavía ahí para volver a recordarlos algún día.

Traté de continuar leyendo pero faltaban páginas o no se distinguían bien las letras. Seguí desde donde pude:

"Mientras tanto, ella mira la vida a través de un espejo en que se ve todo. Ella sonrío a la vida...".

¡Ah! Eso ya corresponde a otro capítulo, pues no tiene nada que ver con lo anterior. Volví al índice y comprobé que me había salido de la infancia, y entrado a la romántica adolescencia.

La llave

Llevo puesta en mi espalda una especie de mochila de color oscuro. La uso siempre. Aunque es pesada, ya me acostumbré. Está afirmada mediante una compleja estructura metálica en base a varillas articuladas. Yo mismo la construí hace años, y en ella llevo toda clase de enseres, que a cualquiera le parecerían inútiles, pero para mí han sido vitales hasta ahora, y me han ayudado a sofocar esa antigua bulla que aún me sigue atacando.

Hoy me dirijo hacia la casa en que viví cuando era niño, pues ahí podré guardar algunos de estos bienes, los más pesados, y así estaré en condiciones de caminar más rápido.

Mi antigua calle me parece lejana, pero no tardo tanto en alcanzarla. Al llegar a esa mampara que era mía, me doy cuenta que aún sigue siéndolo. Aunque, hasta ahora, no recordaba los detalles, éstos aparecen en forma tan natural como si ayer, no más, hubiéramos dejado de vernos. Le doy unos golpes acariciadores, y muy pronto alguien viene a abrir. Es una persona que no me conoce, pero me recibe sin aprensiones, con una halagadora confianza que me permite moverme como un pedro por mi casa.

Busco la habitación del fondo, en el segundo piso, aquella que era como un desván en que sólo se apilaban objetos inservibles, ahí donde yo vivía. Hoy tengo ganas de estar de nuevo en ese ambiente mío. Ahí he de guardar las cosas que ando trayendo, si es que logro abrir la puerta, pues acabo de darme cuenta que está cerrada con llave y, al parecer, nadie la ha podido abrir en todos estos años. Le pregunto a unos maestros que andan trabajando en la casa, y me manifiestan su frustración porque tampoco han podido tener acceso a esa pieza para darle una mano de pintura.

-Ojalá usted pueda abrirla -me pide uno de ellos, y desde ese momento ya tengo un motivo más para querer lograrlo.

Ahora recuerdo que a mí mismo se me quedó la llave adentro, en una ocasión en que tuve que salir de ahí con mucha prisa, cuando casi me pillaron andando en mi triciclo rojo encima de los trastos viejos. De eso, hace ya mucho tiempo.

Vuelvo a salir a la calle con mi carga a cuestas, y prometiendo volver con un duplicado de la llave que ha de tener el propietario del inmueble, quien vive apenas a un par de cuadras. El camino es corto, pero se me hace eterno porque a cada paso me encuentro con escombros, y no es nada de fácil transitar con tantos obstáculos, a veces insalvables. A mitad de la primera cuadra decido entrar a un edificio y seguir viaje por dentro, lo que parece más promisorio. Debo recorrer largos pasillos, en distintos pisos, pues a menudo necesito subir por algún ascensor decrepito, y bajar por escalas de caracol.

Finalmente, llego hasta la oficina que busco, hablo con el propietario de la que fue mi casa, le explico mi problema, y él me pasa una llave de esas antiguas, que sacó de un cajón de un mueble destartado.

Le doy las gracias, lleno de esperanza, y emprendo el camino de vuelta, que ya lo aprendí. A pesar de todo, me cuesta encontrar las salidas. Con mucho cansancio, llego de nuevo a esa casa que amo y que ya no es mía. Subo al segundo piso, tomo la llave que traigo en el bolsillo y la introduzco en la cerradura. La giro, pero no abre. Después de varios intentos, dejo mi carga en el suelo, al lado de la puerta cerrada, y así de liviano como quedo, pienso que no será tan sacrificado volver donde el propietario.

Salgo con un poco de miedo de que se me pueda perder algo de lo que estoy dejando, y vuelvo a internarme en el laberinto que me lleva hasta donde ese señor que es muy importante para él, y hoy también para mí, pero no los demás días. Antes de entrar, golpeo su puerta, sólo por mostrarme afable.

-Deben ser los cafés -alcanzo a escuchar la voz del hombre que preside la mesa de reuniones.

-No. No son los cafés -corrijo, fastidiado, mostrando la llave en alto.

-¡Ah! -exclama-. Seguramente no le pusiste los pescaditos.

-¿Qué pescaditos?

-Mira -me explica-. Esta llave es maestra, pero debe adaptarse a cada necesidad. ¿Me entiendes?

-Sí -miento.

-Hay que ponerle unas puntitas que parecen pescaditos pequeños. Las venden en la Avenida de la Providencia, donde Fu-Lung, el chino.

-¡Ah! -agrega-. Los pescaditos tienen que ser del treinta. Ésa es la medida.

Teniendo en cuenta que ando sin carga, voy de inmediato a Providencia, al negocio de Fu-Lung, para comprar los famosos pescaditos.

-Sólo tenel del número quince -me informa el chino en cuanto llego diciendo lo que necesito-. Los del treinta están agotados.

Con pescaditos del quince, vuelvo a la casa que, tiempo atrás, me vio dar mis primeros pasos. Armo la llave como puedo, e intento abrir esa puerta esquiva. No hay caso, la habitación no quiere abrirse. Era la pieza en que yo jugaba, y desde la cual miraba hacia abajo, a la transitada calle, a través del vidrio de la ventana, todos los días, para ver si había cambiado algo respecto al día anterior. Recuerdo que una vez vi pasar un camión con unos tipos parados en la parte de atrás, muy en el borde. Reían a carcajadas, como si estuvieran llenos de sabiduría. En aquella oportunidad, a mí me pareció recordar algún tiempo remoto en que yo era uno de esos trabajadores, riendo de cualquier lesera.

Por la rendija de la puerta aparece una luz que se ha encendido recién. Parece un efecto mágico. Al principio, no entiendo qué está pasando, pero después resulta evidente que hay alguien dentro del desván. ¿Acaso podría ocurrir que yo mismo siga estando frente a mi ventana?

-¿Quién está ahí? -pregunto con suavidad, y me responde una voz de niño, apenas audible. Trato de conversar con él, y lo único que escucho bien es que el habitante de esa pieza declara no poder abrir la puerta desde dentro, pues necesitaría una llave.

Ahora tengo otra poderosa razón para querer abrir la puerta. Liberar de su encierro a ese niño. Ése es el más importante de todos los motivos.

Le explico al niño que la llave está colgada en la pared, al lado de la escopeta. Por lo menos, ahí la dejé en aquella remota oportunidad. Con esa simple información, el muchacho logra abrir la puerta, y sale a un mundo conocido, montado en su triciclo rojo, con tanta tranquilidad, como si nunca hubiera estado encerrado en ninguna parte.

La habitación se ve bastante limpia, si se tiene en cuenta que hace tanto tiempo que nadie entra a hacer el aseo. Me pregunto cómo pudo sobrevivir este niño, cuya presencia nunca alguien advirtió, y que ahora corre y juega por la casa como si ésta fuera un inmenso regalo nuevo. Los años transcurridos acaban de reducirse a un simple instante. Y yo disfruto tanto, que no puedo parar de reír, igual que los hombres del camión.

Poker

Con las cartas que me salieron no logro juntar nada. Trato de barajar un rey de Miedo, con un siete de Tristeza, un cinco de Rabia, una dama de Pudor y un nueve de

Responsabilidad. Antes, cuando los naipes tenían sólo cuatro pintas, era más fácil llegar a algo. Hasta se podía aspirar a una escala real. Ahora, no tengo ni siquiera un par.

De todas formas, manejaré la expresión de mi rostro para aparentar que mis cartas son muy buenas. Subiré mi apuesta, esperando que todos se vayan al plato.

En la manga tengo guardado un as de Creatividad. No sé si lo usaré, pues no soy muy hábil para hacer trampas.

El Negro

Los amigos del colegio le decían “Negro”.

El niño siempre se imaginó que algún día se iba a convertir en alguien brillante y muy apreciado. Ese era el sueño loco que lo impulsaba a vivir. Nunca supo de dónde le venía esta idea, ni en qué forma estaba inscrita en él. Simplemente trataba de descubrir qué tendría que hacer para lograrlo.

-No toques nada porque lo dejas todo sucio -le decía la madre, interrumpiendo por un instante sus pensamientos.

Y cuando llegaban visitas, ella le advertía a su hijo:

-No beses a la gente..., que vas a dejar a todos tiznados.

Así transcurrieron los años para este niño de ojos vivaces y luminosos. Después de un tiempo, ya no lo vi más. Ahora, cada vez que paso cerca de un montón de cenizas me acuerdo de ese niño de carbón.

Mi amiga Natalia

La sombra oscura me perseguía donde yo fuera. Perseverante e implacable. Sólo a ratos se ponía tenue. Al acercarme a cada próximo farol, la sombra simulaba esconderse y después venía de nuevo a mí por el otro lado, más negra que nunca. No se despegaba de mis zapatos. Aunque me los saqué, la sombra seguía ahí, desafiante, enraizada en mis plantas frías.

En cambio, las niñas juguetonas eran tan livianas que parecían estar a punto de salir volando. Tenían la fuerza suficiente para transformar la fantasía en realidad. Corrían contentas por las calles alegrando la noche, iluminadas por conos de luces. Se parecían mucho a las hadas, así como yo las he imaginado siempre. Reconocí en algunas de ellas a las amigas de mi infancia. No han envejecido como yo, o quizás alguien les permitió venir de cualquier edad que eligieran.

Cuando éramos niños, yo molestaba a la más pequeña. Le tiraba las trenzas, y la pobre se enojaba mucho, y lloraba. Cuando creció, ya no peleé más con ella, sino que empecé a tratar de enamorarla. Se mantuvo muy esquiva. Sólo una vez me aceptó un beso.

Fue justamente la chica la que me habló la otra noche, diciéndome que no apague la luz de mi corazón. Que me servirá para vencer el miedo. ¿Por qué me diría eso? Si antes no supe relacionarme con ella, cuando era el momento oportuno, después se transformó en un enigma.

No todas vinieron como niñas. Algunas llegaron sumamente mayorcitas, y representaban a cabalidad los estragos del tiempo.

Una de estas mujeres golpeó a mi puerta al día siguiente, y no la quise dejar entrar. Aunque la había visto muchísimas veces, siempre me despertaba desconfianza. Cuando trató de meterse por una de las ventanas de la sala de estar, tuve que bloquearla. Aproveché de clausurar también todas las otras ventanas. Como los postigos resultaron ineficaces, me decidí a clavar unas tablas a los marcos de madera, obstruyendo así toda posibilidad de ingresar.

La mujer se alcanzó a filtrar por la puerta de la cocina, pero la eché a escobazos. Le di tan duro, que se alejó corriendo y se escondió en la oscuridad del frente, detrás de unos fierros, y de una persistente lluvia.

Desde esa vez empezó a acosarme cuando me divisaba en la calle. Yo prefería apurar el paso. Su aspecto me causaba repulsión. Un día la enfrenté y le di un discurso golpeado. La amenacé con la fuerza pública. Finalmente, me dejó tranquilo por un par de días. Después volvió a la carga.

-Déjame entrar, soy Natalia -me dijo esperanzada, como si su nombre fuera una ayuda. Al rato tuvo que desistir y se retiró con lentitud.

Llegué a estar tan molesto que decidí ir a pedir consejo a Don Alcibíades. Siempre me ha parecido un viejo sabio, además de afable, sonriente, respetuoso de los demás, y lleno de comprensión. A veces encuentro que irradia bondad y ternura. Al menos, así era su retrato, en el cual aparecía muy elegante, y repleto de envidiable dignidad. Lo había pintado un amigo de su padre, en días agitados y atardeceres tranquilos. Sin duda, el pintor sabía plasmar en la tela colores virtuosos.

Don Alcibíades dejaba entornada la puerta de su casa para que todas sus amistades pasaran libremente. También yo entraba, como todos los demás.

Al cruzar la puerta ese día, me encontré una vez más con su retrato, metido dentro de un grueso marco dorado, pero a él mismo no lo vi en ninguna parte. Puede haber estado en alguna habitación interior. Me senté y me volví a parar varias veces. Después de un rato preferí irme, y volver al otro día bien temprano con intención de conversar libremente con este caballero. Así lo hice, pero como él nunca ha sido madrugador, tuve que conformarme con hablar a la imagen, colgada en el centro de la pared principal de la sala de recibos. Muchas veces he estado conversando así con el retrato de Don Alcibíades, horas enteras, sin aburrirme pero sin saber quién es él realmente. Todas esas veces me contestó desde su solemnidad, sin usar palabras.

-¿Cómo puedo deshacerme de la bruja ésa? -le pregunté, y le conté que al principio no era tan fea. Parecía casi normal y hasta quise acogerla un día tomándola de las manos, pero no me animé ni a mirar esas manos.

Don Alcibíades me miró desde el óleo y me pareció que arrugaba la frente.

-¿Es talvez una víctima de circunstancias ajenas? -volví a preguntar-. En ese caso tendría que restaurar su dignidad, cumpliendo el mandato de amor al enemigo.

-¿O acaso representa la maldad contra la cual debo luchar? -seguí preguntando a Don Alcibíades, y le expliqué que esta señora se ponía verde y azul, mientras sus ojos irradiaban una especie de odio. Yo quería expresar amor a través de los míos. Vencer el miedo en vez de salir arrancando hasta mi más lejano rincón. He tratado de sentirlo de ese modo, para transformarla a ella, y no ella a mí.

El retrato me sonreía.

-¿Quién me manda esta visita inhóspita? ¿Quién obliga a esta mujer a humillarse ante mí? ¿Y quién me obliga a mí a aceptarla o a rechazarla? -volví a preguntar. El viejo sabio me respondió sin palabras, desde su versión plana. Si hasta parecía mover los labios. Me dijo que ella ha venido a darme un mensaje, necesario para mí.

-Entonces tendré que recibir ese mensaje -dije al cuadro, y salí de allí, preocupado. Ella venía a salvarme de algo, y yo no me dejaba.

Natalia ha hecho cualquier cosa por encontrarme. Comprendí que debía resignarme a aceptar su presencia, amarla como era, o como parecía ser, en toda su inmundicia.

Cuando pasé de nuevo frente a esta mujer de nariz afilada, rehuí al principio porque la noté tan sucia y con tantas miserias en su ropa. Después recapacité, y me propuse recibirla en mi casa. Lavarla, si es que me atrevía, a pesar de las prohibiciones de la sociedad. No es que a mí me importara faltar al pudor, pero supongo que a los demás les podría importar.

El verdadero cambio en mí surgió al sentir que sería bueno hacer penitencia. Me propuse hacerla pasar cuando ella viniera. Le conversaría un rato, lo más amablemente que pudiera, aunque me costara hacerlo. Pensaba esto, no del todo convencido, pero con ganas de ser capaz. Dos días después, la mujer llamó a la puerta. Fui a abrirle y dejé que entrara. Ella no se lo esperaba. Entró con timidez, pero llegó hasta el fondo de la sala, con odioso aire de conquista.

-Siéntese -le dije con dureza- y diga de una vez qué se le ofrece.

Ella sonrió en forma patética, con su rostro horrible. Yo me senté un poco lejos, atemorizado, y queriendo que este trago amargo pasara pronto. Me di cuenta que ella no era una persona mala. Solamente me incomodaba, me era difícil soportar su mal olor.

-No la retengo más, pero puede visitarme de nuevo -le dije, y me arrepentí acto seguido, pero ya estaba dicho. Ella se fue sin quejarse. No nos tocamos, pero nos sonreímos. Cerré la puerta y abrí las ventanas. Quedé bien conmigo mismo, sintiendo que había hecho la buena obra del día.

Estaba atrapado. Nunca más podría echarla de mi casa, ni negarle una hospitalidad, aunque fría y penitencial.

Era imperioso hablarle de esto a Don Alcibíades, a ver qué pensaba, qué me sugería. Yo había cumplido mi parte y ahora no hallaba cómo salirme. Esta situación me estaba hartando.

- ¿Era eso lo que tenía que hacer ? ¿Me equivoqué ? - pregunté esta vez.

El retrato me insistió en que recibiera el mensaje. Comprendí que no tenía escapatoria. Don Alcibíades siempre se las arregló para darme consejos desde su imponente figura. Empecé a pensar que era preferible venir a verlo en las tardes, cuando casi todos ya se hubieran ido. Yo esperaba que apareciera Don Alcibíades en persona. Pero, a esas horas no estaba en su casa.

Tuve más encuentros con la extraña visitante. Ella jamás perdió la esperanza de ser mejor acogida. Y lo fue. Una vez que vino, hasta le di la mano. No la tenía muy limpia, pero no me importó tanto.

-Dime todo lo que sabes -le pedí- ¿Cómo te llamas? ¿Dónde vives? ¿Qué había en tu camino?

Por su respuesta concluí que se había topado con puras basuras. Pude imaginar su trayecto azaroso, mientras ella se reía de mí, y se ponía fea otra vez.

Me contó que por el camino tuvo que pasar toda clase de dificultades. Cada vez que ha venido se ha caído siempre en los mismos hoyos y se ha embarrado en los mismos lodazales. Es atacada por los mismos bandidos, y siempre logra escapar ilesa. Por eso, llega cansada, chascona, sucia, en estado lamentable.

Con una increíble facilidad me dio a conocer exactamente todo el ámbito del cual proviene. Ha sido enviada una y otra vez por el Mago del Conocimiento. Desde que uno de sus añosos libros de más al fondo fue tocado por el sol. De ahí salieron todas las hadas. La de lluvia fina, la de diluvio, la de brisa, la de ventarrón, la del sol que quema, y la del tibio rayo del amanecer.

Teníamos tendencia a hablar siempre las mismas cosas. Pregunté a Natalia si acaso visita a otras personas. Tuve la curiosidad de saberlo, porque creí que eso me ayudaría a conversar muchas cosas nuevas con ella. Pero, esa respuesta nunca me la quiso dar. Me entregó un papel. Supuse que era el tan esperado mensaje, probablemente trunco y con alguna distorsión, ya que esa página del libro, la que fue copiada por el sol y el agua en la piedra, llegó con algunos pedazos menos y otros tan embarrados que no se podía leer casi nada. Traté de descifrarlo como pude.

La próxima vez que vino, mi amiga Natalia se había bañado y puesto perfume. Hasta se veía joven. Llegó en un momento propicio, ya que por la radio estaban tocando una música lenta, romántica. Después de una entretenida conversación, estuve dispuesto a ser un poco más cortés, y la invité a que bailáramos. Se puso contenta y me habló cosas bellas. Al sentir su cuerpo junto al mío me pareció que no estaba tan mal. Sin ninguna duda, la pobre estaba falta de cariño, y probablemente nadie le había puesto nunca la mano más abajo de la cintura.

Me dije que, después de todo, ella ha sido buena conmigo. Y, por último, si algo le llegaba a parecer mal, volveríamos a esa prehistoria en que yo la echaba fuera de mi casa violentamente. No tenía nada que perder. Fue entonces que bajé la mano.

Cuando empecé a incursionar debajo de su falda, yo no estaba todavía tan entusiasmado. Aun me sentía el tipo que le hace el favor a la dama. Pero, entonces todo cambió. Súbitamente la sentí exquisita. Ya no era yo un regalo para ella, sino que ella un regalo para mí. O ambas cosas al mismo tiempo. Ella no quería irse nunca más. Yo tampoco la habría dejado ir. Descubrí que era una mujer encantadora. Le regalé palabras de amor, y la besé, primero en la mejilla, después en la boca.

Lo que sucedió cuando ella cerró sus ojos fue algo realmente milagroso. Su sonrisa se empezó a poner linda. Era el amor que la estaba transformando. Mientras la seguí teniendo tomada de las manos, la mujer rejuveneció. Su pelo blanco se tornó castaño. Sus arrugas se estiraron en forma armoniosa, casi imperceptible. Su cuerpo se transformó en el de una modelo. Todo su rostro adquirió la belleza en su expresión máxima. Con sus ojos, la princesa me dijo que me amaba. Y que la vida se le estaba yendo.

No me di cuenta en qué momento empezó el temblor, como una suave mecedora que fue aumentando su ritmo hasta hacerse insoportable. Todos los adornos cayeron al suelo. Nubes de tierra y una bulla terrorífica nos asustaron y agrietaron los muros. Natalia salió escapando, y yo detrás, no pude alcanzarla. La busqué por estrechos callejones encerrados entre paredes de edificios que trataban de aferrarse al cemento que los fundó.

Después de pasar por una arboleda de rojo follaje, dibujada por una naturaleza daltónica, volví triste y abatido. Supe bien por donde ir, pues en cada lugar que ya pisé alguna remota vez, parece que quedara como de otro color o de otra consistencia, como un surco, y pongo mis pies exactamente donde mismo.

Durante los caóticos días que siguieron al sismo esperé con ansia una nueva visita de mi amiga. Hasta le envié fuerza mental, infructuosamente.

Volví de nuevo a la casa de Don Alcibíades. Era realmente un gran señor. Y lo fue hasta el día del terremoto. Su casa tenía bastante solidez. En cambio, su retrato no tuvo tanta, pues se vino al suelo estrepitosamente y se quebró en miles de pedazos, quedando inutilizado. Nadie pudo evitarlo.

Se dice en el pueblo que Don Alcibíades está procurándose un nuevo retrato. Mientras no lo traigan, la puerta de su casa permanece cerrada con llave. Está esperando mejor oportunidad. Habla por teléfono, con su voz de FM, cuidada con guantes de terciopelo. Hasta que llegue el cuadro, su verdadero contacto con el exterior.

En mí, sigue estando la necesidad de hablar con Natalia, la mujer que me buscó hasta que me encontró, a pesar del tiempo que estuve sin tomarla en cuenta, sin verla ni escucharla.

Vagué hasta alejarme de la ciudad. Al llegar a la costa vi a mi dama viajando sobre agua pura. En un bote celeste movido por la brisa del mar, iba de pie, expuesta a los eventuales ataques, sin ninguna clase de temor. Era una mujer muy bella, vestida de un blanco casi transparente como la luz del agua.

La princesa pasó muy cerca mío y me dijo algo que no alcancé a escuchar. Con lentitud se fue alejando hasta esconderse en la niebla. Nunca más la vi.

Las propias preguntas

La caminata está agradable. No hace ni frío ni calor. Oigo el canto de los pájaros, y también converso con los árboles. Les doy las gracias por todo el bien que me hacen. Al mismo tiempo pienso en aquellas cosas que todavía permanecen ocultas. Algún día tendrán que revelarse.

A lo lejos, diviso una casa solitaria. Se ve linda, mientras me voy acercando por el angosto sendero.

Al llegar muy cerca de la casa, me pregunto si estarán aquí las respuestas a mis interrogantes. La construcción parece antigua, y me da la sensación de haberla conocido antes, a pesar de que nunca había andado por aquí. Que las persianas verdes pertenezcan a mis recuerdos, no quiere decir mucho, pero que la puerta sea tan igual a la que llevo muy dentro de mi mente, eso sí que es notable, y me permite acoger esa vivienda, a tal punto que siento la imperiosa necesidad de entrar.

En cada una de sus cuatro ventanas se ve a alguien que se asoma. A ratos miran hacia afuera, y a ratos miran hacia dentro.

-Buenos días -me dice con cantito una dama, desde el segundo piso.

-Buenos días, señora -respondo contento.

-¿Cuál de los vientos lo ha traído hasta acá? -le escucho decir, y como me quedo sin hablar, es ella la que continúa- Ha de ser la brisa del medio día.

-Seguro que sí -respondo, y espero a que me invite a entrar.

Desde una ventana del primer piso surge el vozarrón de un hombre enérgico:
-Yo le abro.

Mientras espero, me entretengo viendo las otras ventanas. En una del segundo piso hay un niño jugando con un avioncito. Pone gran entusiasmo al conducirlo con su mano en larga extensión por afuera, y después adentro de la pieza. Está feliz.

En la otra ventana de abajo está asomada una niña joven, recién salida de la adolescencia. También es acogedora, con su mirada. Imagino que ella ha llegado desde lejos. Es como si viniera de algún lugar maravilloso.

Entre tanto, escucho un galope, cada vez más cerca, y veo salir de la polvareda un caballo blanco hermosísimo, que viene con su jinete, también vestido de blanco. Muy pronto llegan hasta donde estoy.

-Os traigo el don -escucho decir a este albo jinete, mientras se baja de la cabalgadura.

Me entrega un pequeño paquete, con aspecto de cajita, envuelta en papel de regalo. Yo lo miro asombrado, sin entender nada, y con la interrogación puesta en mis ojos.

-Es el don -me dice-, el don de la palabra. No debéis abrirlo aún.

El hombre de blanco vuelve a montar y se aleja al trote, despidiéndose con su mano. Yo sigo sin entender, y me dirijo hacia la puerta, que ya está siendo abierta por el dueño de casa, gracias a la fuerza que él tiene. Las hojas de esa puerta son muy pesadas.

Me hace pasar, le doy las gracias. Nos sentamos en la sala de estar. No sólo el hombre forzado y su mujer, la que habla en forma poética. También el niño, que está fascinado con su juguete.

-¡Ven, Enviada querida! -llama hacia adentro la dueña de casa -. Se necesita de tu gracia, un poco cada día.

Enseguida aparece la joven. Viste túnica blanca.

-¿Cómo es tu nombre? -me pregunta la Enviada.

-Ramiro.

-Ramiro -, me dice- el regalo que te trajo el heraldo te va a servir para dar a conocer tu mensaje.

-¿Qué mensaje? -pregunto, cada vez con más extrañeza, y no obtengo más respuesta que la sonrisa acogedora de la Enviada.

Se produce una conversación en la cual trato de comprender a cada una de estas personas. ¿Qué tengo de forzado? me pregunto ¿Y de poeta? ¿y de niño apasionado? ¿de Enviado...? Traigo algún mensaje, según parece. "Ya sé", me digo, "con mi fuerza, mi poesía y mi entusiasmo de niño tendré que descubrir si acaso es cierto que vine al mundo con un encargo".

¿Tengo un encargo...? ¿dónde? Me busco en todos los bolsillos. Quizás lo tenga en la chaqueta que dejé en mi casa. Cosido a la entretela.

¡Tengo que volver a casa!

Me despido amablemente, y salgo afuera. Veo el caballo blanco, ahí mismo, esta vez sin jinete. ¿Cómo va a ser esto? Ya no está el mensajero... ¿Soy yo? No tengo más remedio que transformarme en el jinete. Monto el caballo y salgo en excursión.

Un poco más allá hay un grupo de ancianos. Parecen ser sabios, así que me bajo del caballo, y les hablo. Converso con estas personas, tratando de obtener alguna luz

en mi búsqueda. Les hablo de esos recuerdos que me cuesta mucho contar. Pienso que así, se va a revelar lo que hasta ahora ha estado oculto.

Mientras tanto, el caballo vuelve por donde vino. Con eso me indica que su misión ya ha sido cumplida.

-No quiero que se nos haga tarde -dice el anciano mayor, y se despide de mí. Se va con esos ancianos menores, mientras me quedo pensando en las vivencias que he tenido hoy. Me pongo a caminar y evoco a la Enviada, con todo su encanto y misterio. Creo que ella vino a esa casa a poner armonía.

Sé que tengo que llegar de vuelta a mi hogar. La caminata está agradable. No hace ni frío ni calor. Oigo el canto de los pájaros, y también converso con los árboles.

El soldado pacífico

Soldado Ramiro

Me tuve que meter en este ambiente porque se declaró una guerra. Contra gente que no conozco.

Cuando miro una disputa desigual, en que hay un agresor y un agredido, no quiero identificarme con ninguno de los dos. No me va bien. Ni pisotear ni estar debajo del pie. Difícil resulta salir bien puesto, de todas formas, pues la pasividad avala al agresor. Aunque lo esté odiando, en ese minuto, si no intervengo estoy trabajando para él. Y si me meto a la lucha paso a ser un agredido más. ¿Cuál es la actitud que me deja en paz? Tiene que haber una tercera posición, que la relaciono con la sabiduría y la verdad. Y con la valentía. Usar toda mi energía para detener eso que está ocurriendo, o sea, hacer todo sin perder la capacidad de vida que me permitirá ser solidario.

Hay quienes se entregan en un momento así. Hay otros que se guardan para su propio momento. Ambos son necesarios.

En esta isla hay dominantes y dominados. Ni se consulta a los que están en contra. La instrucción militar es férrea. Todos deben saber disparar. Hasta los niños pequeños ya están aprendiendo el uso de las armas. Mucho antes de que tengan permiso para usarlas, o por lo menos andarlas trayendo.

Cómo parar todo esto, si nadie quiere quedarse con el último golpe. No habrá justicia por el solo hecho de terminar la guerra. Pero, más vale que eso ocurra pronto. Si no, es peor después. Habría sido mejor ayer pero eso ya no es posible. Mañana diremos lo mismo.

Algún día la gente olvidará las peleas y los intereses retorcidos.

Me saqué la insignia más incómoda cuando visitamos unas enormes construcciones de piedra. Los triunfos y las derrotas pasadas siguen vivos en esas fortalezas.

Los fusiles llegaban en grandes cargamentos, disfrazados de comestibles. Se le compraban a intermediarios respetables, tan respetables como los reducidos, pero mucho más ricos. Tanto como para acallar a los que quisieron indicarlos con el dedo.

Hay un tirano en esta isla. Gobierna desde las sombras. Uno ve solamente a sus secuaces. Vive escondido y tiene un poder increíble. Todos quieren derrocarlo, pero no es nada de fácil. De repente me pregunto si no serán los secuaces los que realmente hacen su voluntad propia. ¿No habrán inventado esa misteriosa presencia de un tirano

invisible para justificarse? Han matado a muchos de ellos, pero siempre aparecen otros nuevos. En realidad, los verdaderos poderosos nunca están a la vista, pues su poder alcanza para lograr un anonimato plácido. Necesitan a los que hablan a gritos y mueven pelotones. Hay ciclos de esa añoranza que lleva la vulnerabilidad de un lado a otro y exacerba los miedos haciendo a las personas presas fáciles.

A la segunda semana de mi permanencia en la guerra, ya estuve en el calabozo. Es que el sargento tenía que ponerme la bota encima. Me pareció que pesaba toneladas.

En el calabozo tuve tiempo para pensar. Si a nadie le gusta la guerra, ¿por qué estamos tan metidos en ella? Acostumbrados a usarla para combatir todo aquello que rechazamos, que estamos intentando hacerle la guerra a la guerra. Es como echar parafina para apagar el brasero. La paz no usa las mismas armas que la guerra.

Y así dicen que la mejor defensa es un buen ataque. El problema es que se llegan a confundir. El primer atisbo de agresión ni se ve, pero genera en el contrario una pequeña defensa, la cual es considerada ataque. Entonces, aparece la defensa del otro lado, que también será vista como ataque. Al final, nadie sabe cuál fue el huevo y cuál la gallina. Lo único claro es que los palos del gallinero ya no aguantan más estiércol.

No entiendo por qué esa ansia de dominar a los demás. Lo notable es que así va surgiendo toda clase de inventos, los que también podrían llegar a ser muy buenos. Como si los martillos, antes de clavar su primer clavo tuvieran que golpear a alguien.

Se necesita ser muy valiente para atreverse a desobedecer las órdenes que se oponen a los propios valores.

Voy a la guerra porque me obligan. No porque me guste. Creí que me iba a librar por la edad, pero no fue así. Me dijeron que todos somos necesarios en este momento. Lo que es yo, preferiría morir antes que matar. Por eso, uso el fusil descargado.

No saco nada con matar a los enemigos para dejar de tenerlos. Aparecen otros nuevos. Después comprobé que eran unos pájaros tan asustados como nosotros, y tan dispuestos a matar como nosotros. Y con una presencia divina muy adentro, igual que nosotros.

Hace unos días me encontré con un enemigo. Suerte que no pudo disparar porque estaba herido. Le hice una curación y le di agua de mi cantimplora. Él no entendía nada.

Ese enemigo quedó amigo. Nadie se enteró de esto. Creo que es mejor así.

Las cosas que he pensado en el calabozo me han valido volver a él. Esta última vez no tuve que estar mucho ahí. Me fueron a buscar para una misión especial. Me eligieron a mí, justamente por mi manera de ser. Porque si se me ocurriera matar a alguien, la misión fracasaría. Entonces, claramente, soy yo la persona más indicada para tal misión.

Me advirtieron que no saldría vivo de esto, y que desgraciadamente no quedaba otra vía, y que yo iba a ser héroe, y sería enterrado con honores, y le entregarían a mi anciana madre una bandera doblada.

Y que me diera con una piedra en el pecho porque para ser yo tan cobarde, no me merecía esos honores. Me los darán si accedo a morir por la patria. Y si no, me matarán aquí mismo, y enterrarán mi cuerpo en una fosa común. Entonces, dirían que fui una lamentable baja en batalla.

O sea, no tenía escapatoria.

Mi misión suicida consistía en ir al país enemigo, ahí donde más concentradas están sus fuerzas, ser atrapado prisionero, y llevado a un campo de concentración, el cual

ya estaba previsto de antemano, y rescatar a determinados presos que este país necesita de vuelta. Me dijeron que debería quedarme allá distraendo al enemigo, para que los nuestros puedan, efectivamente, salir sin ser perseguidos muy encima.

Acepté la misión con agrado porque tiene en cuenta mi amor a la libertad. Algo me dice que seré protegido. Creo que volveré con vida de esta misión, pero no lo digo.

Soldado Anselmo

Lo que me gusta de la milicia es la rectitud con que se actúa, la exaltación de las actitudes heroicas, la valentía.

No hay nada mejor que morir por la patria. Para mí, los valientes son los que pueden cumplir hasta las órdenes más difíciles.

Estamos evitando muchas muertes que se iban a producir porque los subversivos ya estaban listos para matar.

Cuando tengo un arma en la mano, me siento otro. Superior. Poderoso. Seguro.

Me aterra pensar lo que pasaría si cada uno jugara el partido por su cuenta. Sí, así como en el fútbol, si no es colectivo nos espera la derrota. También ocurre eso acá.

El sargento nos dice que peguemos fuerte y que peguemos primero. Lo repite tanto que lo aprendí. Le saqué la mugre a mi hermano chico el otro día.

Soldado Ramiro

No todo salió como estaba calculado, y he aquí que voy caminando por un territorio enemigo absolutamente desértico, gozando de una supuesta libertad. Además, me encontré con otro soldado de los míos, único sobreviviente de una patrulla. Tiene dieciocho años, y yo me siento como un padre para él. Se llama Anselmo.

-Viejo -me dijo ayer en la mañana-, no nos queda nada de comida.

-Entonces, no necesitamos comer -le contesté, tratando de inyectarle optimismo.

-Tampoco necesitamos tomar agua -me respondió molesto, mostrándome la cantimplora vacía y abierta, apuntando hacia el suelo.

Y ahora que estaba que se moría, yo no hallaba cómo revivirlo. Menos mal que trajo la trompeta.

-¿Para qué queremos llevar una trompeta? -le había preguntado yo varias veces.

-La vamos a necesitar -me había respondido él, otras tantas veces.

Ese era el diálogo de todos los días. Cuando descansábamos yo intentaba tocar un poco de jazz.

-No nos tiene que pescar el enemigo -me decía, urgido, quitándome la trompeta. Y yo me río cuando él habla de enemigos.

"Ya la tengo", pensé. Le tocaré alguna música que sea capaz de encender a este pobre chiquillo, en este ocaso tan hermoso como trágico.

-Me siento terrible... Creo que... me voy a morir -se quejaba el joven, volado de fiebre. Yo me puse a tocar el himno nacional, no muy fuerte. Muy cerca de su oreja. Era lo único que lo podía salvar.

Al otro día, el que podía ser mi hijo estaba sano y sonriente como si nunca hubiera estado enfermo.

-Gracias por la música -me dijo.

La orquesta

Ayer, el alcalde me ha pedido que, para el aniversario de la ciudad, interpretemos una pieza musical llamada "Concierto del buen extranjero".

-Ramiro, tú puedes -me dijo.

Accedí gustoso, y empecé por conseguir las pautas y partituras para cada uno de los instrumentos. Convoqué a un primer ensayo, y elaboré un plan completo de preparación. Es una música preciosa, y quiero que salga bien. En esa primera tarde de ensayo, cada cual se limitó a aprender su parte. El fagot interpreta en este concierto la añoranza; la trompeta es una enorme vibración; el violín es como comprensivo; mientras que el chelo enlaza a unos con otros; el contrabajo hace las veces de la razón; la flauta es ánimo para seguir adelante. Pero, lo más importante en este concierto es el piano, el que se atreve a vivir la vida. Y cuento con un pianista excepcional, que transmite su sentimiento.

En el segundo ensayo empezó a gestarse la composición. Armonizar todo..., es la lucha que yo tengo que dar. Hacer callar a los que quieren tomarse demasiado espacio. Destacar, en cambio, a los más tímidos. Ponerlos en su justo momento. Estoy convencido de que eso de mover la batuta es sólo para la galería. La labor importante del director está en los ensayos e instrucciones cotidianas. Un director es como el discernimiento de la orquesta.

Siempre me gustó la música. Algunos instrumentos toqué, y aunque nunca fui un gran experto en ninguno, los conozco muy bien a todos ellos. Y lo más importante, puedo sentir la música, y saber cómo ha de participar cada uno. Por eso, en estos últimos años me he estado dedicando a dirigir una orquesta, que no es muy grande, sino una menor, y a mí me hace feliz.

Creo importante que la música, sin hablar, cuente historias, a cada persona una distinta, pero todas en la misma línea de sentimiento. Es la historia que a mí me cuenta la que me habita cuando dirijo. Y la que vive en cada músico es la que ellos expresan al tocar. Pero, el sentimiento es el mismo en todos. Eso es lo mágico de la música. La composición tiene esa flexibilidad, en forma muy natural.

En este concierto que estamos ensayando, surge en mí la historia del tipo que fue asaltado, y dejado medio muerto; los que tendrían que ayudarlo no lo ayudan, pero sí un extranjero que va pasando, y lo lleva a una posada. Para mí, entonces, unos de los instrumentos principales a los que doy entrada son el violín y la flauta, para acompañar al piano.

Sin darnos cuenta, llegó el día del evento. La interpretación resultó muy aplaudida, gustó, de verdad. Yo sé que hubo algunos defectos, pero no toda la gente se da cuenta, o talvez... perdonan. Saben que la perfección no existe. Y yo aprendí que la orquesta es como una persona, que no siempre funciona de manera integrada y afinada, y que necesita ensayos, que son como círculos reducidos, para aprender a vivir la vida.